GT 11: Las migraciones en el Uruguay y en la región. Cuestiones de metodología, historiografía y fuentes. 1870-1940.

Los viajes de María. Inmigración italiana, viajes, sociabilidad y mundo del trabajo en Santa Fe (Argentina)

Leonardo Simonetta

Centro Interdisciplinario de Estudios Sociales, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario (Argentina)

leosimonetta@hotmail.com

Resumen

Los estudios migratorios han demostrado en las últimas décadas una vitalidad sostenida. Nuevas perspectivas metodológicas y temáticas han dado por resultado investigaciones que profundizaron significativamente el conocimiento en relación a un fenómeno con repercusiones sociales, culturales, políticas y económicas importantes para la Argentina contemporánea. Del mismo modo, la apelación a la historia oral relacionada con los procesos migratorios se ha ido haciendo más fuerte, posibilitando la construcción de nuevas fuentes que actúan como entradas alternativas al mundo de las subjetividades de los actores sociales implicados, entre ellos, las mujeres. En esta línea, partiendo de la intersección de los estudios migratorios y la historia oral, la ponencia propone un acercamiento inicial a la reconstrucción analítica de una parte del complejo universo social que rodeó a una inmigrante italiana que llegó al país en la década de 1920 tomando como eje articulador la noción de *viaje* en tanto desplazamiento físico concreto y como metáfora. Analizando en las entrevistas aspectos ligados a su itinerancia desde Italia a Argentina así como a su peregrinar por distintas poblaciones de la provincia de Santa Fe durante su infancia y su juventud junto a su familia, es posible reflexionar sobre distintas problemáticas de la inmigración europea de las primeras décadas del siglo XX desde la mirada de una de sus protagonistas y avanzar más allá de ciertas imágenes estereotipadas sobre el rol de la mujer en el proceso migratorio entrecruzando la acción puntual del viaje y del desplazamiento con las estrategias que hacían a la búsqueda del ascenso social, la solidaridad, la ayuda mutua,

las posibilidades de establecer redes sociales novedosas, las amistades, el trabajo o la sociabilidad.

A modo de introducción

Los estudios migratorios han demostrado en las últimas décadas una vitalidad sostenida. Nuevas perspectivas metodológicas y temáticas han dado por resultado investigaciones que profundizaron significativamente el conocimiento de un fenómeno con repercusiones sociales, culturales, políticas y económicas importantes para la sociedad argentina contemporánea. Del mismo modo, la apelación a la historia oral relacionada con los estudios migratorios se ha ido haciendo más fuerte[1], posibilitando la construcción de nuevas fuentes que actúan como entradas alternativas al mundo de las subjetividades de los actores sociales implicados, entre ellos, las mujeres. Incurrir en las experiencias y testimonios de vida de los inmigrantes desde estas premisas analíticas ha implicado, ciertamente, una serie de desafíos significativos para los cientistas sociales en un proceso que implicó, sobre todo, dotarse de nuevas herramientas metodológicas y conceptuales así como la construcción de un espacio propio dentro del campo académico.

La apelación a la oralidad no es un recurso exclusivo de la historia. La Sociología, la Ciencia Política y, en especial, la Antropología ya contaban con un derrotero importante en el tratamiento del pasado cercano. Ésta última ha mostrado una tendencia fuerte al uso de entrevistas y relatos orales en las investigaciones etnográficas considerando que, a partir de las historias de vida, se pueden comprender relaciones sociales, procesos culturales, experiencias sociales y subjetividades, así como alcanzar distintos niveles de generalidad en la medida en que se puedan establecer redes de interconexiones entre varias narrativas.[2]

Desde nuestro campo de estudios, la historia oral aparece como una práctica significativa para la restitución y la incorporación de los excluidos, las minorías, los analfabetos y el mundo popular en general en el curso histórico, ponderando la entrada

---

1 Una experiencia muy interesante al respecto es la desarrollada por el *Archivo de la Palabra del Inmigrante Europeo en Mar del Plata*. Al respecto confrontar: Favero, Bettina (comp.), *Voces y memorias de la inmigración. Mar del Plata en el siglo XX*, Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, 2008.

2 Kofes, Suely, «Experiencias sociales, interpretaciones individuales: posibilidades y límites de las historias de vida en las ciencias sociales» En: Lulle, Thierry, Vargas, Pila y Zamidio, Lucero (coords.), *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales* I, Anthropos, Barcelona, 1998, pp. 82-100.

a las *esferas escondidas*[3] a partir de sus propias palabras y puntos de vista que, hasta no hacía mucho tiempo, habían estado mal representados y peor comprendidos.[4] De esta forma, puede proporcionar informaciones empíricas a las que no se puede acceder desde otras fuentes oficiales o tradicionales superando el nivel de lo puramente fáctico, iluminando otros costados de la experiencia (los sentimientos o la subjetividad) y posibilitando el análisis de las representaciones y de la identidad social de los actores.[5]

Como apunta Traverso, la historia y la memoria son dos esferas distintas que están en contacto constante en la medida en que comparten un interés y objeto común: la elaboración del pasado. La historia se presenta como la puesta en relato del pasado y de una memoria siguiendo ciertas modalidades y cánones profesionales que hacen al oficio del historiador. Si bien la memoria tiene mucho que ver en el nacimiento de la historia y en las posibilidades de escritura de ese pasado, la historia, al tomar a la memoria como un objeto más de indagación y reflexión, se emancipa de ella.

Sin embargo, vale aclarar que esa memoria no es un elemento cristalizado e inmutable. La entrevista es, en sí misma, una actividad conjunta signada por la intervención de un historiador que pregunta y un sujeto que recuerda-reelabora-responde.[6] Además, el testimonio oral es un recurso potencial que se transforma en acto en el momento en que el entrevistador y el entrevistado participan en un proyecto común a través de la transmisión y la escucha del relato. Esto atribuye una de sus características a las memorias, la de ser una visión del pasado, una representación colectiva que se forja en el presente y estructura las identidades sociales al darles una significación y dirección e inscribirlas en una continuidad histórica.[7]

---

3 Thompson, Paul, «Historia Oral y contemporaneidad» En: *Anuario N° 20*, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, Rosario, 2005.

4 Águila, Gabriela y Viano, Cristina, «Las voces del conflicto: en defensa de la Historia Oral» En: Godoy, Cristina (comp.), *Historiografía y memoria* colectiva, Miño y Dávila Editores, Buenos Aires, 2002, p. 250.

5 Montero Casassus, Cecilia, «El uso del método biográfico en el estudio de trayectorias sociales precarias» En: Lulle, Thierry, Vargas, Pila y Zamidio, Lucero (coords.), *Los usos…* cit., p. 136. También James, Daniel, *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Manantial, Buenos Aires, 2005, pp.125-126.

6 Schwarzstein, Dora, «El lugar de las fuentes orales en los archivos: una cuestión en debate» En: *Estudios Sociales. Revista universitaria* semestral, Año XII, N° 22-23, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 2002, p. 16.

7 Traverso, Enzo, «Historia y memoria. Notas sobre un debate» En: Franco, Marina y Levín, Florencia (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires, 2007, pp. 69 y 72-78.

Del mismo modo, es fundamental la comprensión de tres ejes vinculados entre sí: quién es el sujeto que rememora (lo que supone la pertinencia de plantear la existencia de memorias individuales y, a su vez, memorias colectivas); qué es lo que se recuerda (y, por consiguiente, qué se olvida) y, por último, cómo y cuándo se recuerda y se olvida. A su vez, la memoria se relaciona con la identidad. El recuerdo del pasado es necesario a la hora de afirmar una identidad individual o grupal que se define por lo que se recuerda y por la gestación de nuevos proyectos futuros. Al fijar parámetros de identidad (política, étnica, de clase, género, etc.), cada sujeto selecciona ciertas memorias que, al modo de diacríticos, son puestas en relación con otras. Es decir, memoria e identidad tienen existencia en tanto pueden articularse con relaciones sociales, historias y políticas que las contengan y engloben.[8]

Partiendo desde la articulación de la historia oral y los estudios migratorios, la ponencia propone un acercamiento inicial a la reconstrucción analítica de una parte del complejo universo social que rodeó a una inmigrante italiana tomando como eje la noción de *viaje* en tanto desplazamiento físico concreto y como metáfora. Analizando en las entrevistas aspectos ligados a su itinerancia desde Italia a Argentina así como a su recorrido por distintas poblaciones de la provincia de Santa Fe durante su infancia y su juventud junto a su familia, es posible reflexionar sobre algunas problemáticas de la inmigración europea de las primeras décadas del siglo XX.[9] Desde la mirada de una de sus protagonistas se puede avanzar más allá de ciertas imágenes estereotipadas sobre el rol de la mujer en el proceso migratorio entrecruzando la acción puntual del viaje y del desplazamiento con las estrategias que hacían a la búsqueda del ascenso social, la solidaridad, la ayuda mutua, las posibilidades de establecer redes sociales novedosas, las amistades, el trabajo o la sociabilidad.

Desde Italia a la Argentina: el primer viaje de María

Indefectiblemente, el viaje es un elemento con una presencia muy marcada durante buena parte del relato de María. Las narraciones del viaje a América y su transmisión oral van dando forma a postales de un contenido simbólico y afectivo muy fuerte,

[8] Jelin, Elizabeth, «¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias?» En: *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI Editores, Madrid, 2002, pp. 25-29.

[9] La entrevista que sirvió de fuente para esta ponencia, y a la que se hará mención a partir de citas textuales en las páginas siguientes, fue realizada por el autor a María Emilia Cefalli de Buffelli en 2004. La misma se desarrolló en el domicilio particular de María en la ciudad de Santa Fe (provincia de Santa Fe, Argentina) y tiene una duración de dos horas y media. Agradezco profundamente a María por su colaboración y excelente predisposición para con los requerimientos de un trabajo de estas características.

combinando sentimientos diversos (desde la sorpresa y la esperanza de un futuro que podía pensarse como promisorio hasta los miedos y angustias intensas por aquello que se dejaba detrás), operando como una línea divisoria entre una vida a un lado del Atlántico y otra que se iniciaba a partir de la llegada. Como afirma Elisa Pastoriza, se trata de un interregno que marca un momento particular en la trayectoria personal de los individuos y puede operar como un poderoso organizador de los recursos y los discursos, marcando un antes y un después de la partida de la tierra natal.[10] Esto está presente en la lógica organizacional del discurso de nuestra entrevistada, tomando al viaje como un delimitador de experiencias y vivencias en escenarios bien diferenciados: Varese, la localidad italiana donde nació el 15 de agosto de 1918, y los distintos lugares que fue recorriendo en la Argentina. Cuando María comienza a narrar su infancia en Italia, el viaje aparece consignando temporalidades: «Antes de viajar… [pausa] yo… [pausa] vivía con una tía, una hermana de mi mamá, Pierina.»

No obstante, es llamativo el escaso número de trabajos históricos dedicados a indagar aspectos concernientes a la situación concreta del viaje. En general, los acercamientos se dieron pensando en la incidencia de los medios de transporte y su modernización sobre el flujo y reflujo de viajeros[11] o haciendo menciones escuetas casi al pasar, pero es poco lo que se ha hecho por indagar cómo se desarrollaban la vida y las relaciones sociales durante las varias semanas que podía durar la travesía. A ello debemos agregar que el viaje no necesariamente llegaba a su fin al momento del desembarco. La llegada hasta el lugar de residencia -no siempre permanente-, el deseo del pronto retorno como realidad cercana o como utopía y la itinerancia más o menos marcada por distintas ciudades y pueblos en busca de mejores oportunidades y del tan ansiado ascenso social marcan otros derroteros que, a la vez, se ligan a vivencias, percepciones, sentimientos, acciones y decisiones de una importancia capital.

La travesía hacia América no es un tópico del todo extraño en los relatos y novelas dedicados a dar cuenta de la inmigración en distintos momentos, escritos que se pueden hallar en cartas, diarios personales o bien engrosando el corpus de obras que pueden ser colocadas bajo el rótulo de literatura de viajes. Entre estos últimos, una constante parece estar dada por las características de las escenas que construyeron los autores en la

---

[10] Pastoriza, Elisa, «Recobrar memorias: relatos viajeros» En: Favero, Bettina (comp.), *Voces y memoria de la inmigración. Mar del Plata en el siglo* XX, Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, 2008, p. 41.

[11] *Cf.* Vázquez González, Alejandro, «Factores de empuje y condiciones de transporte de Galicia hacia el Río de la Plata (1850-1930)» En: Nuñez Seixas, Xosé, *La Galicia Austral. La inmigración gallega en la Argentina*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2001, pp. 53-68.

medida en que algunos tienden a coincidir en una imagen bucólica y algo patética de los pasajeros de tercera clase. Un claro ejemplo son las notas salidas de la pluma de Edmundo De Amicis durante el viaje que lo trajera a la Argentina en 1884, donde afirmaba con asombro y con un sentimiento de rechazo poco disimulado:

> Parecía que la primer experiencia de la vida perezosa e incómoda del navío hubiese apagado en casi todos el valor y las esperanzas con los que habían partido, y que en esa postración de ánimo que había sucedido a la agitación de la partida, se hubiera despertado en ellos el sentimiento de todas las dudas, de todas las molestias y amarguras de los últimos días de su vida de casa….[12]

El autor no se privó, a su turno, de dedicar algunas miradas y líneas a un tipo especial de *animal del arca*. Se trataba de las

> Pobres mujeres que llevaban un nene en cada mano, sostenían sus grandes hatillos con los dientes, viejas campesinas con zuecos que, al levantarse la pollera para no tropezar con los travesaños del puente, mostraban las piernas desnudas y flaquísimas…[13]

Más cercano en el tiempo a la experiencia de María, Eduardo Zamacois publicó en 1911 su novela *Emigrantes*, donde la visión que pesaba sobre los varones y mujeres de la tercera clase del buque *Paraná* no difería demasiado de la que vimos anteriormente:

> […] griegos pálidos y judíos de aguileño y astuto perfil; turcos corpulentos, bronceños, contemplativos […]; sirios y armenios envueltos en trajes andrajosos; rusos de ásperas y frondosas barbas; egipcios, servios, búlgaros, albaneses, argelinos, italianos… y todos revueltos componían una muchedumbre harapienta, descalza, vocinglera, horriblemente sucia, tan pronta á la melancolía de la obediencia como á la rebelión.[14] […] Eran una multitud híbrida, harapienta, policroma, clownesca, que bajo el sol, vista de pronto en su extraño hacinamiento, daba la impresión de un enorme montón de trapos viejos puestos á secar.[15]

Las alusiones de las mujeres en la obra de este viajero son mucho más duras que las de De Amicis. Así, Zamacois narraba que

---

12 De Amicis, Edmundo, *En el* océano, Librería Histórica S.R.L., Buenos Aires, 2001 , p. 26

13 De Amicis, Edmundo, *En el* océano.. cit., p.21

14 Zamacois, Eduardo, *Los emigrantes (novela)*, Casa Editora Maucci Hermanos, Buenos Aires, 1911, p. 9.

15 Zamacois, Eduardo, *Los emigrantes…* cit., p. 33.

> […] las mujeres, especialmente perezosas y abúlicas como sujetas aún á la inanición de la vida oriental, yacían en el suelo, inmóviles, medio desnudas bajo sus ropas flotantes, los hermosos ojos muy abiertos. Apenas hablaban; sin duda las emociones de la travesía y la sucesión interminable de paisajes habían emborronado las ideas de su corto magín; parecían idiotas.[16]

En ambos casos, y coincidiendo con De Oto y Rodríguez, podemos decir que la narración y escritura del viaje ponen de relieve la figura del *asedio*, describiendo con detalles a las personas, eventos, objetos, costumbres, prácticas y escenarios definidos desde una exterioridad radical que, mientras permite demarcar una línea entre el *yo* observador y el/los *otro/s* observado/s, coloca en perspectiva a la narración permitiendo la entrada en juego de las nociones y dimensiones subjetivas (juicios de valor) del viajero en lo que hace a la clase, el género, la etnia, etc.[17]

Estas imágenes de mujeres desesperadas, desorientadas, que casi no pueden valerse por sí mismas, son construcciones fuertemente teñidas de prejuicios que les deparaban un lugar subordinado en la experiencia inmigratoria como meras acompañantes «débiles» de sus fuertes, aventureros y hozados esposos o parientes. Efectivamente, se trata de una imagen que no logra superar un análisis histórico serio. Es aquí donde la conjunción de la historia oral y un estudio que pondere la mirada de esas mismas protagonistas nos devuelve una visión diametralmente diferente.

Para María hubo dos viajes interoceánicos vivenciados de manera singular. Primero, el que emprendiera Séneca Mario Cefali, su padre, hacia Argentina en 1923 y, un año más tarde, el propio junto a su madre, Palmira Della Valle, y su hermana Emilia. El viaje no significó sólo armar bolsos y trasladarse sino que su inminencia comportó cambios en la lógica de ahorro y gastos de la familia al ser necesaria la adquisición del pasaje y la realización de trámites administrativos: «y después vino de que mi papá se venía a Ital… a la Argentina. Mi papá se vino a la Argentina y bueno… hubo que juntar dinero para el viaje, pasaporte y demás.» En este caso, no fueron tanto los prolegómenos del viaje sino la despedida y posterior separación del padre las que fueron vividas por María con una fuerte carga emotiva y como un momento angustiante:

> Y nosotros esteee… yo no sabía nada de todo eso, pero cuando mi papá subió al tren y me saludó con el pañuelo yo me desmayé. [pausa] Y no me podían hacer volver en sí, me llevaron a un café y me dieron algo de tomar, agua…

[16] Zamacois, Eduardo, *Los emigrantes…* cit., pp. 9-10.

[17] De Oto, Alejandro y Rodríguez, Jimena, «Sobre fuentes históricas y relatos de viajes» En: Fernández, Sandra; Geli, Patricio y Pierini, Margarita (eds.), *Derroteros del viaje en la cultura: mito, historia y discurso*, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2008, p. 28.

> como podía nomás. Hasta que volví en sí, entonces cuando volví en sí me puse a llorar.

Si bien fue importante por las connotaciones que el viaje de Séneca tuvo para su familia y para María en especial, se trató de un momento de quiebre y posterior restauración de los derroteros cotidianos de la vida de la familia. «Tenía cinco años cuando se fue mi papá. Y entonces me llevó a casa y siguieron las vidas como de costumbre.» Posiblemente, la seguridad de tener que continuar con el trabajo y el ahorro estaban en el horizonte de necesidades inmediatas y apremiantes para que la familia se pudiera reunir una vez más, por lo que Palmira retomó sus labores en la fábrica en la que se desempeñaba y María volvió a la casa de su tía, donde se estaban alojando.

En este sentido, un elemento clave a la hora de reflexionar sobre las significaciones y actos del viaje es la noción de *desplazamiento*, entendiéndolo en una doble dimensión: en tanto tránsito y movimiento físico concreto por un terreno con características particulares —y percibido como algo propio o algo ajeno, cercano o lejano—; o bien, como un movimiento interior, no remitible solamente a un espacio social y materialmente construido sino al ámbito del tiempo y la imaginación.[18] En esta *dimensión del espíritu*, antes que una realidad espacial el viaje es una idea, un sueño, una teoría[19] atravesada por móviles de distinta índole. Estableciendo un diálogo con los planteos de Carina Mengo, el desplazamiento y el viaje generan imágenes que tienen que ver con los aspectos mencionados, sea pensándolo como el movimiento desde un punto a otro, sea como una metamorfosis o cambio ineludibles[20], pero en ambos casos, demarcando un límite en lo propio y lo ajeno, entre el espacio y el tiempo del viajero.

En 1924 María, su madre y su hermana finalmente se embarcaron con rumbo a la Argentina. El momento del ansiado reencuentro con el padre se hacía más cercano: «Y después llegó la ida, de la… la hora de venirse. Cuando nos vinimos acá yo estaba contenta porque lo iba a ver a mi papá. Yo lo quería mucho a mi papá.» En este segundo viaje que tuvo a María como protagonista, actividades, personas, sabores, experiencias y

---

[18] Fernández, Sandra y Navarro, Fernando, «La literatura de viajes en perspectiva, una comprensión del mundo» En: Fernández, Sandra; Geli, Patricio y Pierini, Margarita (eds.), *Derroteros del viaje en la cultura: mito, historia y discurso*, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2008, p. 33.

[19] Kupchik, christian, «las máscaras del movimiento. (hacia una moral del viaje o itinerarios por una inmensidad íntima)» en: Fernández, Sandra; Geli, Patricio y Pierini, Margarita (eds.), *Derroteros del viaje…* cit., p. 79.

[20] Mengo, Carina, «Los volúmenes del tránsito. Antiguos y modernos en el camino del pensar» en: fernández, sandra; Geli, Patricio y Pierini, Margarita (eds.), *Derroteros del viaje…* cit., p. 61.

espacios quedaron plasmados en su memoria con gran detalle, convirtiéndose en un momento crucial de su niñez: «Y cuando llegamos… fuimos en el barco, en el barco tenía que ir a… era un barco medio pobre, pero…se viajaba en aquel entonces… en ese año… todavía no era… en el '24.»

La noción de *pobreza* con que nuestra entrevistada caracteriza al barco también se extiende a otros espacios y actúa como un elemento fundamental para dar cuenta de distintos momentos vividos a bordo. En función de sus posibilidades económicas, las tres mujeres habían podido costear un pasaje de tercera clase donde «[…] *comíamos de pobres, íbamos en tercera. Comíamos de pobre, dormíamos de pobre, todo de pobre.*», a lo que en otro pasaje agrega: «*Pero comíamos mal, porque nos daban comidas de tercera.*». La falta de comodidades se manifiesta en el relato a partir de la descripción de la pequeñez del camarote, ámbito en que madre e hijas pasaban largas horas del día: «[…] *tenía cama cucheta. Una para mi, una cama para mi mamá… era una piecita chiquita, apenas si cabían las cuchetas y unas perchas para colgar ropa, nada más.*»

No obstante, Palmira decidió tomar la situación en sus manos y darle un giro:

> Entonces mi mamá se ofreció para lavarle la… los delantales y las gorras a los…, a los…, a los cocineros. Y entonces como los ayudó mi mamá, ellos nos ayudaron: comida de primera nos daban… y nos cambiaron de camarote, a segunda clase.

A partir de este ofrecimiento, logró trabar una relación informal con parte de la tripulación del barco, consiguiendo un alojamiento y comida mejores, de lo que María nos dice:

> Los camarotes más grandes. Más grandes, más lindos, tenían cucheta también. Y la cama, era para tres. Era un mejor camarote, con mesa, con silla. Incluso ahí no teníamos nada para tomar la leche. Nos daban la leche, te la daban en un vaso.

El accionar de Palmira se distancia de forma marcada de las imágenes y prejuicios que rodearon a la figura de la mujer en los relatos de los viajeros citados. En lugar de ser una sumisa, atemorizada y resignada señora que viajaba sin su marido hacia un mundo que le era extraño y desconocido, Palmira nos devuelve un mosaico más complejo donde interactúan mujeres que, como ella, pueden y cuentan con la capacidad y las posibilidades de establecer relaciones sociales nuevas y más o menos duraderas para mejorar su situación en el barco, sobrellevar mejor el sentimiento de separación de la tierra natal y preparase para los desafíos que la experiencia migratoria les depararía.

El viaje puede pensarse en términos de un pasaje que recorre un arco temporal mediado por la salida de un lugar y, en este caso la llegada a otro distinto, sobre el que existen una serie de imágenes y expectativas depositadas. El viajero deviene en un individuo que transita un *tiempo de suspensión* entre dos o más referencias que marcan su recorrido.[21] La figura del viajero es una figura particular. Sujeto fuertemente centrado en el desarrollo del relato en tanto protagonista-narrador-autor del mismo, pone en movimiento elementos conocidos, interpretaciones propias y sistemas semánticos particulares para construir y dotar de sentido a un mundo que cobra forma a partir de la operación de descripción puesta de manifiesto en el acto de la descripción.[22]

Con todo, el viaje del inmigrante no es cualquier tipo de viaje, sino que se dota de cierta especificidad en tanto implica un pasaje desde un mundo familiar y conocido hacia otro incierto sobre el que se pueden tener referencias más o menos precisas, pero las más de las veces, escasas. Se trata de un momento de interrupción y ruptura en relación a una vida anterior desarrollada bajo ciertos parámetros y certidumbres, pero también significa la apertura de una nueva etapa de la vida signada por posibilidades y expectativas que pueden y deben ser exploradas, mezclándose y vivenciándose sentimientos encontrados como la tristeza por lo que quedó atrás y la esperanza ante el proyecto que se emprende.[23]

La travesía continúa. Redes sociales, trabajo y movilidad social

El tipo de relaciones informales, mediadas por la ayuda mutua y la solidaridad que se articularon en torno a Palmira también se hicieron presentes también en el viaje de Séneca:

> Mi papá, cuando viajó él, el mar estaba mal, había muchas olas. Y el barco se tambaleaba todo, o sea… Entonces tenían cuerdas que corrían todo al costado del barco, todo alrededor para que la gente se agarrara de ahí para irse a su camarote. Y mi papá encontró un matrimonio, entonces…, Michelini, esteee… esa familia que estaba sentada en un asiento así, [se deja caer desordenadamente sobre la silla y coloca los brazos al costado]… no se podían mover, así que mi papá los empezó a atender, llevarles la comida,

[21] Pastoriza, Elisa, «Recobrar memorias…» cit., p. 58.

[22] De Oto, Alejandro y Rodríguez, Jimena, «Sobre fuentes históricas…» cit., p. 21. Para una aproximación a la relación entre viaje y literatura en América Latina, *cf.* Palmero González, Elena C., «Metáforas del viaje en novela latinoamericana del siglo XX: El arpa y la sombra de Alejo Carpentier» En: *Revista LETRAS,* Nº 35, Programa de Pós Graduação em Letras, Universidade Federal de Santa Maria, Julho-Dezembro, 2007, pp. 54-70.

[23] Pastoriza, Elisa, «Recobrar memorias…» cit., p. 59.

> acompañarlos cuando se movían en el barco, acompañarlos cuando iban al camarote. Entonces cuando bajó mi papá, le dijeron ellos, —¿Adónde va, don Mario? —Y… no sé, voy a ver. Me voy a quedar acá en Buenos Aires a buscar trabajo. —No, dice, véngase con nosotros que le vamos a dar trabajo. Y lo llevaron con ellos y le dieron trabajo de peón de cremería.

De las experiencias de Palmira y Séneca se desprende la complejidad y variedad de las relaciones sociales conformadas durante la travesía. Justamente, una de las líneas más dinámicas en los estudios migratorios de las últimas tres décadas se centró en la indagación de los vínculos que coadyuvaban a incorporar al recién llegado al mundo del trabajo. Las densas redes desplegadas, el paisanaje y los vínculos de parentesco se tomaron como categorías fundamentales en el análisis. No obstante, el caso de Séneca incorpora otro elemento: los vínculos de amistad consolidados durante la travesía. Éstos se combinan con los que nacen de la familia y del parentesco para crear alrededor de cada sujeto un conjunto de relaciones horizontales o verticales configurando un sistema de derechos, deberes, imágenes e identidades.

Como marca Karsenti, se trata de pensar a la amistad como una relación social que supone la construcción de redes que surcan las diferentes caras de la realidad social: política, económica, cultural, simbólica. Los ámbitos personales y sociales de la amistad, en relación e interacción o en confrontación y diferenciación, expresan lugares concretos, visibles y materiales que se convierten en espacios donde el vínculo de la amistad se vive, se percibe, se actualiza y constituye a partir de reglamentos o codificaciones de carácter implícito, pero que significan su sustanciación en determinados actos. En estos actos se encuentran legalidades a partir de un «*dar y recibir*» —una deuda y un crédito—, expresados en un deseo de igualdad entre los dos actores que se dicen amigos y pactan, en tanto tales, las bases de ese vínculo, compartiendo la satisfacción mutua, los gustos, las dificultades, los sentimientos.[24]

El lazo que Séneca forjó con los Michelini le comportó, en el corto plazo, la obtención de un puesto de trabajo en una cremería en Cándido Pujato. Se trataba de un trabajo que no tenía demasiado que ver con las actividades que había realizado en Italia,[25] no obstante implicaba una posibilidad segura de ahorrar dinero para mandar a llamar a la

---

[24] Karsenti, Bruno, «¿Hace la amistad donación de sí?» En: Jankélevitch, Sophie y Ogilvie, Bertrand (dir.), *La amistad. En su armonía, en sus disonancias*, Idea Books, Barcelona, 2000, pp. 96-109.

[25] En su Certificado de arribo a América declaró ser pastelero. *Certificado de arribo a América*, Registros de Embarque de Inmigrantes, Dirección Nacional de Población y Migración, Buenos Aires, Argentina, 1923. A ello María agrega que durante la guerra se desempeñó como *caraviniere* y como cocinero.

familia en el país de origen. Una vez reunidos, y constreñidos por la misma lógica del trabajo del padre, los Cefali iniciaron una nueva y larga peregrinación que los llevó a recorrer distintos puntos del interior de la provincia de Santa Fe:

> […] de ahí se trasladó a otra cremería, y de ahí a otra en Aurelia Norte y a otra que estaba en Esperanza y a otra en Larrechea y recorrió todas esas cremerías. Hasta que salió de cremero en Esperanza. […] Y ahí me crié yo. Llegué ahí que tenía 10 años, 12 años.

Para María, estos viajes no sólo significaron un corrimiento físico por distintos poblados cuyo orden se confunde y repite en la enumeración del relato, sino también comportaron su iniciación en el mundo laboral, colaborando activamente con su padre:

> […] lo ayudaba a mi papá en la cremería porque tenía bastidores con caseína, que se hacía la caseína. Se sacaba la leche, se ponía dura, se hacía queso, entonces se hacía queso, y se ponían bastidores y correderas. Y yo lo ayudaba a mi papá. Yo arrastraba los bastidores, tres o cuatro bastidores.

Aunque su deseo de ser maestra no pudo concretarse por no haber terminado el ciclo primario de educación y por la distancia que separaban su casa de los centros de formación esperancinos, su madre le propuso la opción de dedicarse a la costura:

> Y sin estudiar se pierde mucho. Yo perdí mucho, yo quería ser maestra, maestra de grado […]. Pero qué pasa, tenía que estar en una ciudad para ir a la escuela. Yo tenía la escuela como de acá a Santo Tomé y tenía que ir a caballo, así que llegué a cuarto grado. Y después, cuando miraba las revistas, miraba los vestidos y sacaba los recortes. Y mi mamá me vio, y si quería aprender modista, y yo le dije que sí. Entonces yo ya era una señorita, tenía 14 años, y me dijo:
> —Andá a Esperanza de alguna señora que te tenga y entonces vamos a arreglar para que vayas a aprender a cocer.

Luego de haber trabajado en el servicio doméstico para una *familia de plata* de Esperanza durante algún tiempo —lo que a su vez implicó un nuevo desplazamiento desde el campo para convivir con sus empleadores en la casa que estos tenían en el ejido urbano—, su madre la envió a vivir a la casa de otra señora donde el régimen de trabajo no interfiriera tanto con sus estudios:

> Y así fue que me pagaron una señora que era rusa, que me tenía como una hija. De una rica me puso antes, pero me sacó porque no podía estudiar por el laburo. Y después me fui y estuve dos años. Tenía una tienda y entonces lo domingos yo tenía que lavarle la vidriera, todos los domingos.

El servicio doméstico fue una salida laboral transitoria que, al sustraerla del ámbito rural y situarla en Esperanza, acercó a María a los lugares de enseñanza que le podían brindar formación y calificación para encarar otras actividades mejor remuneradas y que comportaban cierto status social. Sus conocimientos del manejo de la costura y sus posteriores incursiones en la dactilografía le permitieron dar clases particulares antes y después de su casamiento.[26] De esta forma, se dibuja una cierta movilidad social ascendente —otra modalidad de *viaje*— en la medida en que logró independizarse de los padres siendo aún muy joven, pudo ahorrar lo suficiente para costear sus estudios y comprar los implementos necesarios para su trabajo, como la máquina de escribir. De este modo, el trabajo femenino para María tiene connotaciones claramente positivas y es descrito en el orden de una «avanzada», lenta pero segura, por distintos niveles de empleo que van desde su ayuda al padre hasta su desempeño como docente particular de dactilografía.

Tramas de sociabilidad y tiempo libre en la campaña santafesina

Como contracara de las jornadas laborales, el relato de María nos remite al campo del ocio, a los usos del tiempo libre y a la sociabilidad.[27] En relación al mundo rural, una visión clásica del mismo sostenía que la población vivía en un total y extremo aislamiento, impedida por ello de acceder a la cultura y de establecer formas de sociabilidad basadas en asociaciones e instituciones. Sin embargo, como ha demostrado Blanca Zeberio, la literatura histórica y las fuentes dan cuenta de una miríada de formas de sociabilidad formal e informal en las poblaciones del campo. Algunas de esas prácticas tenían que ver con los encuentros generados en torno a espacios que contaban con una larga presencia (desde el siglo XVIII) en el campo y en las zonas de frontera, como las *pulperías*[28], los *fogones* o las *ruedas*. Con las transformaciones de la campaña en la segunda mitad del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo siguiente, se agregó un nuevo ámbito de encuentros, el *almacén de ramos generales*.[29] A medida que las nuevas

---

[26] «Y me recibí de corte y confección y me fui a mi casa. Y ahí yo tenía cuatro chicas del campo, para darles clases. Y cuando me casé yo tenía siete chicas en Santo Tomé, siete chicas.»

[27] Al respecto, tomamos la definición planteada por el antropólogo Javier Escalera. Escalera, Javier, «Sociabilidad y relaciones de poder» En: *Kairos. Revista de temas sociales*, Año 4, Nº 6, Universidad Nacional de San Luis, San Luis, segundo semestre de 2000.

[28] González Bernaldo, Pilar, «Las pulperías de Buenos Aires: historia de una expresión de sociabilidad popular» En: *Siglo XIX*, segunda época, N° 13, Enero-Junio, 1993.

[29] Zeberio, Blanca, *Entre deux mondes: les agriculteurs europeens dan «les nouvelles terres» de l' Argentine. Exploitation agricole et reproduction sociale dans la «Pampa». 1880-1930*, Thèse de Doctorat (Nouveau Régime), Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París, 14 de enero de 1994, pp. 334-336. También María Bjerg hizo aproximaciones a la sociabilidad y la vida cotidiana

poblaciones fueron creciendo, se sumaron bares, hoteles y casas de tolerancia. Del mismo modo, se realizaban reuniones y fiestas ligadas a conmemoraciones religiosas, al ciclo de las cosechas y el trabajo en el campo o que se ligaban a celebraciones puntuales de fechas relevantes para las distintas colectividades de inmigrantes, destacándose los encuentros por el *XX Settembre* de los italianos o las *Romerías*[30] de los españoles.

Las múltiples formas y espacios de sociabilidad consignados por María, en los que tanto ella como los miembros de su familia y amigos eran partícipes activos, pueden organizarse a los fines del análisis siguiendo el esquema propuesto por Zeberio. La historiadora identifica tres niveles de sociabilidad en el mundo rural o de las pequeñas ciudades y pueblos de la campaña: un primer círculo concéntrico incorpora las prácticas «pequeñas e íntimas», de las que participan los actores más allegados (tanto familiares como amigos) e incluye a las visitas o ciertas festividades religiosas y propias de determinadas colectividades a partir de las cuales se reproducen ciertos hábitos de la vida personal y familiar. En un segundo nivel sitúa la participación en prácticas de la comunidad rural más próxima —ya sea al interior de las estancias o con las familias vecinas más cercanas—, como reuniones nocturnas, cenas o almuerzos, carneadas o casamientos que tienen que ver con la cercanía física, la existencia de preocupaciones laborales similares o por compartir lazos culturales de tipo étnico dados por la pertenencia a un mismo país o comunidad. Finalmente, un tercer círculo de participación y sociabilidad es aquel que involucra al resto del micro universo social de los poblados rurales, comprendiendo fiestas populares propias de los inmigrantes, fiestas religiosas, conmemoraciones cívico-nacionales (fiestas patrias), actuaciones de teatro, encuentros informales en lugares de acceso público (bares, plazas), etc.[31]

La rememoración de María nos remite a un mundo rural complejo donde las relaciones interpersonales estaban atravesadas por fuertes vínculos de sociabilidad que interactuaban para generar amistades, noviazgos y momentos de entretenimiento. Las reuniones y salidas con las amigas de la escuela o con aquellas con las que había asiduidad en el trato por la cercanía de las viviendas en el campo incluían caminatas, pic-nics, reuniones nocturnas en alguna casa o idas a los bailes que se realizaban en el

femeninas de una inmigrante danesa en espacios de frontera del siglo XIX. *Cf.* BJERG, María M., *El mundo de Dorotea. La vida en un pueblo de la frontera de Buenos Aires en el siglo XIX*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2004.

30 Sobre las romerías españolas *cf.* Da Orden, María Liliana, «Una fiesta popular y la consolidación de una dirigencia étnica: las romerías españolas de Mar del Plata, 1897-1930» En: *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año VI, Nº 19, Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos, Buenos Aires, 1991, pp.379-403.

31 Zeberio, Blanca, *Entre deux mondes...* cit., pp. 336-344.

pueblo. En especial, estos últimos aparecen en el relato con gran frecuencia y se tornan en uno de los momentos más importantes de la sociabilidad de los jóvenes de la época. Allí se podían reunir, conocer gente nueva y entablar amistades que podían desembocar en noviazgos. En ciertas ocasiones, los bailes incluían concursos donde la pareja ganadora era elegida en función de los aplausos del público: «…era el aplauso el que valía». También los encuentros en bares o en fiestas con motivos de bodas, cumpleaños o bautismos eran ocasiones propicias para trabar amistad y divertirse.

Las visitas constituían otra práctica de sociabilidad constante en los recuerdos de la entrevistada. En ese ámbito, muy vinculado a la privacidad de la casa de la familia, se reunían los amigos para charlar sobre los temas más diversos, para comer o para concertar nuevas relaciones entre las familias signadas por el amor entre los jóvenes. Así, cuando María y Santiago fueron «descubiertos» por Palmira, ella se negó a «hablar» del asunto en la calle[32] e instó al pretendiente a ir a su casa acompañado de toda su familia para «declarar sus intenciones» y, con esta ceremonia, iniciar las visitas a la novia. A estas prácticas se sumaba la celebración del carnaval, fiesta que convocaba a toda la familia y dónde también había espacio para los contactos entre los jóvenes: «En aquel entones [en épocas de Carnaval] se hacían muñequitos y ramitos de flores. Los chicos tenían unos, las mujeres tenían otros y se cambiaban, se intercalaban el más lindo, el más feo.» El montaje de obras de teatro era otro momento para el esparcimiento y el disfrute del tiempo libre en familia. Para María, además de una diversión su participación como actriz interpretando distintos roles en varias comedias (de los que conserva algunas fotografías) no significaba solamente una diversión, sino también un trabajo no remunerado: «…me gustaba mucho el teatro y conocí una chica que trabajaba en teatro y le dije, —«¿No precisan otro?». Y empecé.»

Un *impasse* en el recorrido. A modo de balance

La memoria, concebida como un elemento esencial de la vida de varones y mujeres, posibilita que cada individuo pueda incorporarse al proceso histórico general desde espacios sociales, culturales o económicos particulares. El rescate de testimonios orales, así como su posterior utilización en investigaciones, permiten colocar en el centro de la escena a sujetos otrora desconocidos o poco atendidos por la historiografía con el fin de

[32] «Yo en la calle no hablo», dijo mi mamá. «Entonces, bueno vaya a mi casa». «Bueno, voy a su casa». Cuando fue… «tiene que ir con toda la familia» [risas] «sólo no vaya», con toda la familia. Entonces pidió un auto prestado, y le… cargó a la finada Tomasa… no… sí, la finada Tomasa. Tomasa, y la Chola, que tenía catorce años, y yo tenía dieciséis… y esteeee… mi suegro, mi suegro. Falta la escoba y el loro, nada más [risas].

preservar sus miradas y, a la vez, contextualizarlas en un período temporal específico y en el marco del problema histórico que se pretende abordar.

A lo largo de este trabajo hemos seguido a María, una inmigrante italiana que llegó al país en la década de 1920, a través de algunos de sus numerosos viajes. Este tópico ha sido fundamental para establecer recortes temáticos y temporales que nos permitieran tratar de reconstruir analíticamente una parte del complejo universo social en el que se movió nuestra protagonista durante su infancia y su juventud. Si la travesía a la lejana Argentina significó para ella el inicio de una nueva vida en otras tierras, otro viaje —inmediatamente después de su casamiento— vino a poner fin a muchas de las experiencias de la joven a la vez que le imprimía nuevas vivencias a su vida de casada.[33] Al respecto, la lógica del relato es taxativa: después de contar acerca de sus amigas y momentos de diversión, agrega «Pero después ya me casé y me fui a vivir primero a Santo Tomé y después acá [se refiere a la ciudad de Santa Fe].» Una frase que deja entrever la ruptura que significó ese viaje, alejándola del poblado donde había crecido (Esperanza), de ciertas actividades que había venido desarrollando y marcando una distancia con su familia y amigos. Así, sumida en una travesía constante, el relato de María y sus propias vivencias evidencian temporalidades múltiples y superpuestas, espacios tal vez imaginarios reales o deseados, y discursos de tesituras sugestivas que recorren estas prácticas narrativas.

Durante la entrevista se sucedieron escenarios, paisajes, actores/actrices y acciones en un aparente orden cronológico que comenzaba con recuerdos de la niñez en su Varese natal, pasando por su juventud hasta llegar a su vida de esposa. Las temáticas tratadas parecían ligadas por una temporalidad lineal bastante cuidada que María parecía querer imprimir a sus recuerdos. Sin embargo, una lectura posterior mostró que ese gran relato podía pensarse, también, en términos de varios *viajes* en distintos sentidos. En tanto *desplazamiento físico*, aparecían la partida a América del padre y la propia, así como los periplos que llevaron a la familia a recorrer distintas poblaciones del interior santafesino hasta su radicación definitiva en la capital provincial. En tanto *metáfora*, el viaje signa un continuo deambular dejando su impronta en la vida cotidiana, las actividades de sociabilidad y esparcimiento, así como en la búsqueda del tan ansiado ascenso social, para lo que se entrecruzaban experiencias laborales particulares y mandatos sociales y familiares a los que María no siempre asintió.

[33] «Y ahí fue cuando me dijo: "Si vos no tenés pretensiones, vamos a casarnos porque yo estoy muy solo, por lo menos te voy a tener a vos que me cocinés, me lavés un poco la ropa". "Bueno", le dije yo, entonces ya empezamos a preparar el casamiento.»

Los *viajes* de María fueron delineando posibilidades, actividades y experiencias diversas a lo largo de su niñez y juventud. La impronta que este deambular tuvo en su vida atraviesa constantemente los recuerdos evocados y le asignan una temporalidad singular a partir de la cual hemos realizado un recorte para esta ponencia que comienza con el primer gran viaje —la venida a la Argentina en 1924 junto a su madre, Palmira Della Valle— y otro cuya efectivización comportó su traslado desde la población donde vivió muchos años (Esperanza), el fin de su vida de soltera y la culminación de ciertas actividades que hasta ese momento había desarrollado a nivel laboral y de sociabilidad, apostando a comenzar su nueva «vida de casada» en 1937 en la ciudad de Santo Tomé.

Seguir los itinerarios de esos *viajes* por tierras y prácticas diversas desde el particular acercamiento a esta problemática que posibilita la apelación desde la historia oral —en nuestro caso desde los recuerdos y derroteros concretos de María sobre los numeroso viajes que emprendió hacia y dentro de la Argentina— permite dar cuenta de una visión diferente de imágenes estereotipadas a la vez que nos devuelve una percepción «desde adentro» que complejiza decididamente nuestros conocimientos sobre los movimientos migratorios de entreguerras y permite acercarnos a ese universo de vínculos interpersonales originados durante y por el acto de viajar.